

(Brecha, Salvador Neves, págs. 14-15; 12/02/2010)

Ser adolescente en el barrio Casavalle

En palabras del antropólogo Eduardo Álvarez Pedrosian, el barrio Casavalle, y los asentamientos que lo circundan, representan un escenario de “marginalidad avanzada”, donde “la pobreza y la exclusión se sustentan y reproducen principalmente en las determinaciones espaciales”. Algunos números respaldan los dichos de Pedrosian. En 2007, mientras en Montevideo el 27% de la población se encontraba bajo la línea de pobreza, en Casavalle, 70 de cada 100 personas estaba en esa situación. La indigencia, en tanto, llegaba al 2.7% en toda la ciudad y al 10% en Casavalle. Más de la mitad de la población del barrio tiene menos de 25 años. Se trata de jóvenes que crecen en hogares de “clima educativo” bajo, en los que el promedio de años de estudio de los adultos del hogar, es inferior a los nueve años, cifra que alcanza al 82% de los hogares de la zona.

En tanto, una de las tareas de la psicóloga Isabel Puentes como responsable territorial del Programa Infamilia, es articular los programas impulsados desde el Ministerio, y coordinar esas políticas con los organismos que se encargan de la educación y la salud, integrando también el esfuerzo que realizan los vecinos de la zona.

Puentes señala que una de las primeras dificultades es la visión que tiene la gente adulta del barrio sobre los adolescentes. “Si vos juntás al vecino, la maestra, al médico de la policlínica”, la adolescencia surge como un tema “problemático”, y “construir una mirada colectiva sobre algo como eso ya es difícil”. El primer paso fue “buscar los datos duros”, para establecer “cuántos adolescentes hay”, o “cuántos han dejado de estudiar”. Uno de los datos más fuertes, fue la constatación de que Casavalle “es una de las zonas de Montevideo donde las mujeres tienen más hijos y más tempranamente”, con un gran número de embarazadas de 11, 12 y 13 años, “que por supuesto inmediatamente el sistema educativo expulsa”.

Explica que “en particular nos preguntamos por qué los gurises que terminaban la escuela no entraban al liceo”, para lo cual trabajaron con los adolescentes, pero también con los adultos, “porque para trabajar sobre los adolescentes es inevitable hacerlo también sobre los adultos que los rodean”. En este marco, entiende que si bien los profesores en ocasiones “no entienden” los problemas “tremendamente bravos” por los que atraviesan los adolescentes, “el lugar de los docentes es redifícil”. Puentes afirma que “a medida que se empieza a ver un poco más el sistema educativo, se entiende que no está pensando para los gurises de hoy”.

Ante la necesidad de que Casavalle tuviera su propio liceo, y ante la negativa de Secundaria de instalar un centro educativo en dicha zona, argumentando que “se homogeneizaría a la población más pobre”, en lugar de “generar cruces con otros sectores sociales”, se consiguió un local, que “ya empezó a funcionar con cinco grupos”. Pero como explica Puentes, “en el mismo proceso todos fuimos entendiendo también que el adolescente era el problema que saltaba a la vista pero que tenía raíces más profundas (...) tenés a la mayoría de los niños de 5 años fuera del sistema en contextos de poca estimulación”.

De todas formas, el horizonte se vislumbra con optimismo. “Tener una estrategia a largo plazo ya es bien distinto. Que los vecinos sepan claramente qué quiere hacer el gobierno es muy

importante. Juntar a la gente, poner a instituciones distintas detrás de un objetivo común, armar cosas y que las cosas salgan (...) es un cambio bien grande”, concluye.